



—¡Belén! —exclamó don Gonzalo, con gesto de profeta y mirada iluminada.

«Y este nombre nos conmovió. Nuestros ojos se nublaron, y en unos minutos nadie dijo una palabra. Allá en lo alto, la ciudad de David, la ciudad de Jesús, se me mostraba graciosa, atrayente, acogedora como la patria suprema de nuestras almas. Quise ocultar mis lágrimas, pero me di cuenta de que el representante de España, más habituado que nosotros a la visita de estos lugares sagrados, lloraba también. Eran lágrimas dulces,

lágrimas de oración y de adoración ante la presencia casi palpable del Señor.»

«Gratamente nos sorprende una visión evocadora: por un sendero, que serpea entre la hendidura de las colinas, avanza desgarbadamente un carrillo llevando a una mujer y a un muchacho, que tendría unos ocho años. Le sigue un hombre a pie, con un turbante verde en torno a las sienes. Observo atentamente a la mujer, airosamente sentada sobre el animal,